DE NOCHE DUERMEN LAS RATAS

(CUENTO)

LA hueca ventana en el aislado muro bostezaba azul colorada, llena de temprano sol vespertino. Nubes de polvo vibraban entre los erguidos restos de chimenea. El desierto de escombros dormitaba.

Tenía los ojos cerrados. De pronto se hizo aún más oscuro. Se dió cuenta de que alguien había llegado y permanecía ahora delante de él, oscuro, quieto. ¡Ahora sí que me han pescado!, pensó. Pero al parpadear un poco vió solamente dos piernas dentro de unos pantalones miserables. Permanecían un tanto arqueadas delante de él de tal modo que podía mirar entre ellas. Se arriesgó a echar una ojeada pantalones arriba y se encontró con la cara de un viejo. Tenía un cuchillo y un cesto en la mano. Y un poco de tierra en las puntas de los dedos:

—Duermes aquí, ¿eh?—preguntó el hombre contemplando la maraña de pelo a sus pies.

Juergen contempló el sol entre las piernas del hombre, parpadeó, y dijo:

—No, no duermo. Tengo que estar al cuidado.

El hombre asintió:

—Entonces, para eso tienes esa estaca, ¿no?

—Sí—contestó Juergen, animoso, agarrando la estaca con firmeza.

—¿Qué estás cuidando?

—No puedo decirlo.

Sus manos sostuvieron la estaca con más fuerza.

—Seguramente dinero, ¿eh?

El hombre puso el cesto en el suelo y se limpió el cuchillo varias veces en los fondillos de los pantalones.

—No; dinero, desde luego que no—dijo Juergen despreciativamente—. Algo completamente diferente.

—Entonces, ¿qué?

—No puedo decirlo. Algo diferente, ya está.

—Bueno, pues no me lo digas. Entonces tampoco te digo yo a ti lo que tengo en el cesto.

El hombre tocó el cesto con el pie y cerró el cuchillo con un chasquido.

—¡Bah! Me figuro lo que hay en el cesto—dijo Juergen desdeñoso—. Comida para los conejos.

—¡Caramba, sí señor!—dijo el hombre admirado—, eres un tipo listo. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Vaya, hay que ver, nueve. Entonces también sabrás cuántas son tres por nueve, ¿eh?

—Claro—dijo Juergen—. Y para ganar tiempo, añadió, mirando entre las piernas del hombre: Eso es muy fácil. Tres por nueve, ¿no?—preguntó de nuevo—. Veintisiete. Ya lo sabía.

—Eso es—dijo el hombre—. Y veintisiete son los conejos que tengo.

El asombro redondeó la boca de Juergen.

—¿Veintisiete?

—Puedes verlos. Muchos son todavía muy jóvenes. ¿Quieres?

—No puedo. Tengo que estar al cuidado—dijo Juergen dubitativo.

—¿Todo el tiempo?—preguntó el hombre—. ¿Por las noches también?

—Por las noches también. Todo el tiempo. Siempre.

Juergen recorrió con la vista las arqueadas piernas.

—Desde el sábado—dijo muy quedo.

—Pero ¿no vas nunca a casa? Tendrás que comer.

Juergen levantó una piedra. Debajo había medio pan y una caja de hoja de lata.

—¿Fumas?—preguntó el hombre—. ¿Tienes una pipa?

Juergen agarró fuerte la estaca y dijo tímidamente:

—Lío pitillos. No me gusta fumar en pipa.

—Lástima.

El hombre se inclinó sobre el cesto.

—Podrías haber visto los conejos. Sobre todo los jóvenes. Quizá podrías haber escogido uno. Pero no puedes irte de aquí.

—No—dijo Juergen tristemente—. No, no.

El hombre levantó el cesto, enderezándose.

—Bueno, si te tienes que quedar aquí... Lástima.

Y se dió media vuelta.

—Si no me descubres—dijo Juergen muy de prisa—te diré que es por las ratas.

Las combadas piernas retrocedieron un paso.

—¿Por las ratas?

—Sí, se alimentan de los muertos, de las personas. De eso viven.

—¿Quién dice eso?

—Nuestro maestro.

—Y entonces, ¿tú estás al cuidado de las ratas?—preguntó el hombre.

—¡De las ratas, no!

Y luego añadió en voz muy baja:

—Mi hermano está ahí debajo. Ahí—Juergen señaló con la estaca el montón de escombros—. Cayó una bomba en casa. De pronto se fué la luz del sótano. Y él también. Le estuvimos llamando mucho tiempo. Era mucho más pequeño que yo. Solamente tenía cuatro años. Debe de estar todavía aquí. Es mucho más pequeño que yo.

El hombre miró la maraña de pelo a sus pies y dijo repentinamente:

—Entonces, ¿no os ha dicho vuestro maestro que de noche duermen las ratas?

—No—susurró Juergen.

Y de pronto el cansancio se mostró en su cara:

—Eso no nos lo ha dicho.

—¡Bueno!—dijo el hombre—. Valiente maestro, si ni siquiera sabe eso. De noche duermen las ratas. De noche puedes irte tranquilamente a casa. De noche están siempre durmiendo. En cuanto oscurece.

Juergen hacía con la estaca pequeños hoyos en el polvo.

"Esto son camitas, pensaba, todo camitas."

—Entonces—dijo el hombre (y sus encorvadas piernas se movían inquietas): ¿Sabes una cosa? Ahora doy de comer rápidamente a mis conejos y cuando se haga de noche te vengo a buscar. Quizá pueda traer uno. Uno pequeño. ¿Qué te parece?

Juergen hacía pequeños hoyos en el polvo. Muchos pequeños conejos. Blancos, grises, pardos.

—No sé—dijo en voz baja, mirando las encorvadas piernas—si de verdad duermen de noche.

El hombre subió a la carretera saltando sobre los restos del muro.

—Naturalmente—dijo desde allí—, vuestro maestro debería hacer el equipaje si ni siquiera sabe eso.

Juergen se puso en pie y preguntó:

—¿Me traerás uno? ¿Uno blanco, quizá?

—Lo intentaré—gritó el hombre ya de camino—, pero debes esperar aquí mientras tanto. Luego iré contigo a casa, ¿sabes? Tengo que decirle a tu padre cómo se construye una conejera. Porque eso tenéis que saberlo.

—Sí—gritó Juergen—, esperaré. Todavía tengo que estar al cuidado hasta que se haga de noche. Espero, seguro.

Y gritó:

—También tenemos tablas en casa. Tablas de cajas de madera.

Pero eso ya no lo había oído el hombre. Corría con sus combadas piernas en dirección al sol. Juergen podía verlo, rojo ya del atardecer, brillar entre las piernas, tan torcidas eran. Y el cesto se balanceaba agitadamente, de un lado para otro. Comida para los conejos contenía. Verde comida para los conejos, un poco gris del polvo de los escombros.

(Traducción de Ramón Osset.)

WOLFGANG BORCHERT